

"Es Domingo de Pascua! Sale el libro como una bandera en la diestra de un redentor de ignorancias".

L. E. NIETO CABALLERO.

*Recuerdos de colegio*, RITA A. DE MEJÍA ROBLEDO.—Pereira, Ed. Panoramas, 1939.

*Recuerdos de colegio* son páginas que se leen como un poema, con rapidez, con simpatía, en este caso con melancolía, con ternura, porque la imaginación se lanza de regreso a los años vividos, y en cada infancia, por lo mismo que hay dulzura, hay un depósito amable de tristeza.

Oasis el de los recuerdos, con las fuentes y con las palmas que presenta la evocadora, nacida en Panamá, llenos los sentidos de mar y con un concepto del hogar perfectamente español, perfectamente latinoamericano! En los recuerdos predominan sus años de colegio. Colegio de Welgelegen, en Curaçao, por cuyo nombre pasa rápidamente, dejando la ofrenda de su gratitud y de su cariño a Sor María Teresa, una monjita de belleza rara, que llenó de luz los salones de clase y las encrucijadas del espíritu.

Lo demás, casi la totalidad del libro, es la descripción de Wavre Nôtre Dame, lo que la autora llama "inmensa colmena estudiantil", cerca de Malinas, Bélgica, donde tuvo la suerte de pasar unos meses inolvidables e inefables, con gran número de amigas panameñas, en un colegio que tenía más de setecientas alumnas. Grandioso plantel, con enormes salones, deliciosos dormitorios individuales, embrujada capilla, jardines, campos de deportes, patio de gimnasia, biblioteca, museo, galería de arte, agradables sistemas de enseñanza, bajo el comando de unas dulces monjitas entre las cuales formaban excepción las ásperas.

El relato de la señora de Mejía Robledo tiene el perfume de esos años y de esos jardines. Todo en él es diáfano. La vida común y corriente de un colegio, con sus alegrías, con su murria, con sus travesuras, con sus preferencias, aparición de las amistades amorosas, que tienen sus celos y tienen sus angustias, bañado todo en la luz de la inocencia, contado así, con el arte de la sencillez, en que se siente latir el corazón y en que la imaginación no es la loca de los cambios y los derrumbamientos, sino la pequeña artista que con los colores de la estudiantil paleta va convirtiendo los deseos en matices, para pintar a su gusto el horizonte.

Vacaciones después, viajes al exterior, al través de calles, museos y sitios históricos, en compañía de monjitas alegres y complacientes. De pronto, la enfermedad en el hogar, la desesperación por la ausencia de los padres, el presentimiento de una partida para siempre, la súplica del retorno, el adiós a las compañeras y a las maestras, y luego, desde la proa de un buque, el tumultoso quiebre de las olas, que se van abriendo y que van como cantando, para que siga y avance hacia la patria...

Cariños infinitos, cariños definitivos, los del hogar y los del paisaje inicial, los de la tierra de las primeras luces y los primeros juegos! Emoción de la costa que en la lejanía señala la línea de la patria! Palmas desflecadas al viento, que se van agrandando y que se inclinan para el ritual saludo! Brazos después, los brazos amados de los padres, y sus bocas y sus caricias, las interminables preguntas, las sonrisas de satisfacción, el repaso, en el relato, de todo lo hecho, de todo lo gozado, de todo lo pensado en la ausencia, que, lo mismo que las olas, ha venido a morir sobre la playa...

Pocos días después, en el Río Grande, la colegiala de Wavre y su madre navegan silenciosamente. Van vestidas de luto y en el rostro llevan la señal de la garra que les pasó la vida. Había muerto el padre, el conductor, el animador, el consolador. Ah! cómo en la súbita desesperación, en medio de la tranquila felicidad de las aulas, había habido un presentimiento! La tragedia del alma está contada con la misma sencillez. Por eso impresiona más. No hay en todo el libro un deseo de hacer frases. Lo dictó el corazón. Sus pulsaciones se sienten. Es el ritmo normal. De pronto se acelera. Es el afán. Parece detenerse. Es la muerte. Y el lector adivina que la dama y su niña, vestidas de luto, navegando silenciosamente en el río de la patria, se están diciendo más sin las palabras que con los gritos y con las exclamaciones en torno del Ausente.

L. E. NIETO CABALLERO.

*Instantáneas neoyorkinas*, LUIS C. SEPÚLVEDA.—Bogotá, 2a. ed., 1939.

Luis C. Sepúlveda, poeta y escritor de grandes alegrías y de grandes decepciones, que tuvo el gusto y la audacia de entrevistar personajes mundiales sin desvanecerse, conservando siempre su malicia, su desenfado y su burla, escribió veinte y tantos poemas, *Instantáneas neoyorkinas*, para reírse de la grandeza, dolerse de las miserias y analizar la fuerza misteriosa y